

SERMÓN DÉCIMOTERCIO

(predicado en la Capilla del Sagrario, Bogotá, 1886).

La Fe y la Eucaristía.

Sapientia ædificavit sibi domum, excidit columnas septem.

La Sabiduría se edificó una casa, labró siete columnas.

Prov. 9, 1.

1. ¡Magnífico edificio el de la sagrada Eucaristía! No contenta la Sabiduría del Padre con haber construido para sí un palacio verdaderamente regio donde habitar entre los hombres, en el terreno virgen del seno de María, el palacio de la sacrosanta humanidad, dispuso edificarse otra casa, no menos suntuosa, en la cual había de permanecer, aun después de trasladarse á su corte celestial, para ser en la tierra la felicidad de los hombres, con quienes le place habitar eternamente¹. Aquel gran Dios que, por su inmensidad habita en todas partes, llenando con su presencia el cielo y la tierra², ha querido fijar su asiento, como hombre y Dios juntamente, esto es, como Dios revestido de nuestra naturaleza limitada por el tiempo y el espacio, en el templo de la adorable Eucaristía, nueva y como más maravillosa forma del templo de su humanidad. En él vive oculto, verdad es, invisible á los ojos de la carne, rodeado de misteriosas sombras, porque, de no ser así, ¿quién pudiera resistir al fulgor deslumbrante de su vista? ¿quién se atrevería, cual nuevo Moisés³, á acercarse á su tremenda majestad? Mas no por eso, es menos real y positiva su presencia en ese templo, donde los ojos del espíritu iluminados por el rayo de la fe, le con-

¹ Deliciæ meæ esse cum filiis hominum (Prov. 8, 31).² Jer. 23, 24.³ Ex. 19, 3.

templan y le gozan con más segura mirada que si le vieran al descubierto y en figura corpórea los ojos materiales.

2. Para levantar ese edificio majestuoso, en el cual había Dios de reinar en medio de la tierra hasta la consumación de los siglos, dispuso la Sabiduría infinita labrar siete columnas más firmes que de finísimo granito y más esbeltas que las del antiguo templo Salomónico, sobre las cuales se alzara la soberbia techumbre de su gloria. ¿Cuáles son, hermanos míos muy amados, esas columnas elegantes é imperecederas en que descansa el edificio de la Eucaristía?¹ ¿Será temeridad afirmar que no son otras que las siete primarias y fundamentales virtudes que cortó el mismo supremo Artífice de la piedra viva que es Cristo², para engalanar los templos vivos de las almas? ¿Tendré necesidad de enumerar aquí las tres virtudes teologales y las cuatro del orden moral, llamadas justamente cardinales, como que sobre ellas giran todas las demás? No creo ciertamente necesario haceros ver cómo se encuentran en el culto del Dios sacramentado los actos de todas estas virtudes, sin las cuales no podríamos conocerlo, ni adorarlo dignamente, ni participar de sus copiosos bienes. Allí se ejercita por maravillosa manera nuestra fe, allí se aviva la esperanza cristiana, allí se enciende en celestes ardores la divina caridad; y, aunque no se comprenda á la primera vista, es también verdad que á las virtudes teologales acompañan y sirven allí las cardinales, teniendo lugar muy distinguido la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. Nada más puesto en razón que el concurso de todas las virtudes para alzar el trono

¹ Eccl. in offic. SS. Sacram. ad Laud. año. 1.² I Cor. 10, 4.

espiritual en que descansa y reina gloriosísimo *Señor de las virtudes*¹.

3. Y dando hoy principio por *la Fe*, ¿no son sus oscuras claridades el velo más adecuado para formar el pabellón ó tienda en que deba habitar aquel Dios de incomprendible verdad que prometió que *habitaría entre la niebla*²? ¿no es, por ventura, la incomprendibilidad el atributo de Dios que, al decir del profundo Tertuliano, mejor nos da á conocer su perfección infinita? Pues no sería tal la perfección del Ser divino, si fuese dado al flaco entendimiento de criatura penetrarlo y comprenderlo. Digo, pues, carísimos oyentes, que la fe es la primera columna que sostiene el alcázar de la Eucaristía, porque, en primer lugar, ninguna otra de las obras de Dios parece tan adecuado objeto de esa virtud; y en segundo, ninguna otra ilumina tanto como la Eucaristía el humano entendimiento. Aquí tenéis el plan de este discurso: ayudadme á implorar los auxilios necesarios para desenvolverlo con acierto. *Ave María*.

I.

4. Cuando afirmo, oyentes míos, que ningún otro dogma cristiano fuera de la Trinidad nos presenta un objeto tan adecuado á nuestra fe como el de la sagrada Eucaristía, me fundo precisamente en lo que pudiera hacerlo, al parecer, más inaceptable al entendimiento, y, por consiguiente, más inadecuado á la creencia, esto es, su misma oscuridad. Porque es un error suponer que un misterio por menos oscuro es más creíble, debiendo prudentemente afirmarse lo contrario. No pretendo decir con esto que la oscuridad sea el motivo

¹ Ps. 23, 10 et passim.

² 3 Reg. 8, 12.

formal de nuestro asenso á la verdad revelada, siendo así que creemos, no por la oscuridad, sino á pesar de la falta de luz, arrastrados por la autoridad de la palabra del que nos habla y afirma ser una cosa de tal ó cual manera. Ni siquiera es condición indispensable para la fe que su objeto sea oscuro á la razón, supuesto que Dios puede revelarnos, y de hecho nos ha revelado, algunas verdades que la razón humana alcanza con sus propias luces, como son la existencia y principales atributos del Criador, la espiritualidad del alma, la ley eterna y otras, si bien en este caso danos Dios á conocer tales verdades de un modo nuevo, más claro é incomparablemente más cierto que por la sola razón. Todo esto no obstante, y conforme á la doctrina del Apóstol que enseña ser la fe *la prueba ó argumento de las cosas que no aparecen*¹, no puede negarse que la oscuridad es como el tinte ordinario de las verdades reveladas, siendo ese carácter lo que hace moralmente necesaria la revelación; pues ¿qué necesidad habría de este medio sobrenatural para conocer lo que naturalmente nos fuese con evidencia conocido? Sí, cristianos, la fe divina, de que hablamos, se nutre y alimenta de misterios: su campo está cubierto de una densa niebla, impenetrable á la sola razón, y la fe es la antorcha que nos guía, según el Apóstol San Pedro, á través de ese caliginoso desierto², mientras alumbra el día de la eterna luz. De donde creo podemos inferir que, cuanto más oscura sea una verdad, por exceder infinitamente el alcance de nuestra natural inteligencia, tanto es más digna de ser revelada por Dios y tanto más adecuada para ser objeto material de nuestra fe.

¹ Hebr. 11, 1.

² 2 Petr. 1, 19.

5. Ahora bien, si exceptuamos el misterio de los misterios, que es la vida íntima de Dios, uno en tres Personas, en ningún otro dogma cristiano parece condensarse tanta oscuridad como en el augusto misterio de nuestros altares, ante el cual, como ante el trono de la Trinidad, no se puede menos de exclamar con el atónito Apóstol de las Gentes: *¡Oh altitudo!*¹ Y es porque en ninguna otra obra del Omnipotente se agolpan tantos y tan estupendos milagros, siendo la Eucaristía, según el Doctor Angélico, *el mayor de los milagros* obrados por el Señor Jesús. Misteriosa es, en efecto, la real presencia de Jesucristo bajo la apariencia de los accidentes; y no lo es menos la manera de existir y de obrar que allí tiene el Salvador. Nada hay en este Sacramento que no sea un gran milagro; y el milagro ¿no es acaso un verdadero misterio que obliga á preguntar: *Cómo es esto?*² ¿Qué es lo que aquí pasa? Fijad vuestros ojos reverentes en el santo tabernáculo. Allí está Jesucristo, como estuvo en el pesebre, como en el Calvario, como está hoy en el cielo á la diestra del Padre. Créolo así, no puedo dudarle; mas ¿cómo está aquí tan oculto, tan callado que ninguna exterior señal me atestigua su presencia? ¡He ahí, cristianos, una presencia completamente misteriosa, un modo de ser impenetrable á la sola luz de mi razón!

6. Comparemos, en efecto, la presencia eucarística con la presencia de Dios en el universo, así en todos como en cada uno de los seres que lo pueblan. *¿Por ventura no lleno yo,* dice el Señor, *el cielo y la tierra?*³ También esta presencia del Ser divino es misteriosa, porque á Dios no le veo, ni le siento en las

¹ Rom. 11, 33.² Ex. 13, 14.³ Ier. 23, 24.

criaturas. Sin embargo, el discurso racional me la persuade, y de ella me convence la evidente conexión de las existencias creadas con la existencia del Criador, condición tan esencial en la duración de los seres como en su principio y origen. Dondequiera que hay un ser, allí está el Ser sin el cual no hay ser posible, del cual todo ser depende en absoluto sin que pueda subsistir de otra manera. Así es cómo los cielos y aun los abismos me refieren la presencia del que los sustenta con su brazo omnipotente¹, y hasta los átomos de materia y los grados de fuerza imponderables me la pregonan con sus mil millones de unidas y elocuentes voces. No sucede así con la presencia de Jesucristo en el altar. Las palabras sacramentales se han pronunciado sobre un pedazo de pan y una copa de vino: el gran portento se ha efectuado, porque aquellas palabras son de virtud infinita y no pueden pronunciarse en vano, son palabras del Criador: *Él lo dijo, y todo fué hecho; Él lo mandó, y todo fué creado*². Nada, empero, me revela lo que acaba de pasar, lo que está pasando delante de mí mismo; y no sólo no se muestra á mis sentidos, pero ni siquiera mi discurso tiene aquí punto de apoyo en que hacer pie, si no es levantado á otro orden de cosas superior al de la naturaleza. Quedo, pues, como en el aire, sostenido únicamente por la palabra de Dios: *¡Ipsé dixit!* y: *Nada más verdadero que esta palabra de verdad*³, y afirmo que el Dios-hombre está aquí realmente escondido bajo el velo de estas especies corporales: creo con toda la firmeza de una convicción sobrenatural, pronta á sellarse con la sangre de mis

¹ Ps. 18, 2. Ps. 138, 8.² Ps. 32, 9.³ Ritmo de Santo Tomás.

venas, que aquí se oculta la plenitud de la Divinidad y la majestad del Dios humanado. Los ángeles ¡oh, y qué venturosos me parecen! lo ven con toda claridad, como veían á Dios en el Infante del portal de Belén; pero yo ¡pobre de mí! no solamente no le veo, pero ni alcanzo, por mucho que abra los ojos, á divisarlo en lontananza, de modo que pueda exclamar como el discípulo amado: *¡Él es, el Señor es!*¹ ¡Parece que estuviera á millones de leguas de distancia lo que está á un palmo de mis ojos! ¡Oh presencia de mi Amado verdaderamente oscura y misteriosa!

7. Porque no sólo no se me revela de algún modo, sino que antes, por el contrario, todo cuanto ven y palpan mis sentidos en el Sacramento, se opone y contradice á la presencia real de Jesucristo, de manera que, para afirmarla, me veo forzado á renegar del testimonio de aquéllos, creyendo á pie juntillas que se engañan en este caso, por más que en cualquier otro admita yo su testimonio². Para afirmar que está Dios en todas partes, sírveme de punto de partida la realidad de las cosas criadas, porque ésta no excluye, antes exige la realidad de la presencia divina; mas aquí, en el mundo eucarístico, sucede todo al revés, porque, para creer que está realmente Jesucristo en la Hostia consagrada, preciso es que crea que no está en ella la realidad del pan, sino sólo su apariencia y accidentes. No se me dice simplemente que Jesucristo está donde no hay nada sensible, en el espacio vacío, lo cual fuera ya verdaderamente misterioso; se me dice otra cosa mucho más oscura y difícil de entender, y dura para el corazón del

¹ Io. 21, 7.

² Visus, gustus, tactus in te fallitur (Eccl. in hymno).

incrédulo, y es que existe en el espacio que yo veo ocupado por otras sustancias corporales, como son el pan y el vino, y no compenetrándose ó coexistiendo con ellas, que, aunque milagroso, fuera tal vez un modo de existir más asequible á mi razón, sino, al contrario, destruyendo y aniquilando dichas sustancias para sustituirse Él mismo como dueño y señor del universo. Y luego, por lo que hace á los puros accidentes, separados, contra su inclinación natural, de su propia sustancia, díceseme que no los sustenta, como sujeto, el cuerpo y la sangre de Cristo, sino que están allí sustentados por sí solos, sin apoyo de sustancia alguna, arrimados únicamente á la virtud divina del mismo que, con su entrada, destruyó su arrimo natural¹. ¡Cosa inaudita y de todo punto extraña á mi entender! *¿Quién oyó jamás tales cosas, ó vió algo semejante á esto?*² ¡Tan misteriosa es la presencia real de Jesucristo en la venerable Eucaristía!

8. Ni lo es menos la manera que allí tiene de existir. Está allí todo el cuerpo de Cristo nuestro Señor, con la misma entereza y hermosura con que está en el cielo³, mas no está como cuerpo, sino como espíritu, todo entero en toda la hostia y en cada partecita de ella, á la manera que nuestra alma está toda en todo el cuerpo y toda en cada una de sus partes. Así se expresan con teológica sencillez los autores católicos. Tiene, pues, hermanos míos, aquel cuerpo sacratísimo, así como la integridad de sus miembros, la plenitud de las cualidades corpóreas que le son esenciales, á fuer de verdadero cuerpo; y, no obstante, ¡prodigioso caso! está

¹ La Puente, Guía espir. tr. 2, cap. 15.

² Is. 66, 8. ³ La Puente l. c.

exento en la Eucaristía de la condición y leyes naturales de esas mismas propiedades, como son la resistencia é impenetrabilidad, la divisibilidad, la ubicación. Está, como sabéis, de un modo semejante al del alma en el cuerpo; pero advertid que esta semejanza no nos aclara todo el misterio del modo de ser de Jesucristo en las especies sacramentales, puesto caso que no sólo está todo entero, sino perfecto y completo, en cada partícula; no así el alma en cada uno de sus órganos corpóreos, en los cuales, si bien está toda sustancialmente, no lo está con la plenitud de sus facultades ni con absoluta independencia. He ahí, pues, un modo de existir sobremanera misterioso y que deja abismado nuestro entendimiento.

9. Y al existir corresponde el obrar. Por eso no es menos oscura é impenetrable á nuestra pobre inteligencia la operación de Jesucristo en este Sacramento, al cual con razón llama la Iglesia *admirable*¹. Porque, teniendo carne verdadera, no vive vida de carne ó de sentidos: tiene ojos y no ve, lengua y no habla, pies y manos y no anda ni palpa, no ejercitando allí las potencias sensibles sino solamente las espirituales; y de esta suerte, siendo alimento de las almas, su carne viva da vida á los que sacramentalmente la comieren. Es verdadero alimento, y no reciben inmutación ni corrupción alguna ese cuerpo y esa sangre adorables, como acontece á los alimentos reales y corpóreos que sustentan nuestra vida física, de modo que, como canta la Iglesia por la voz del gran Tomás de Aquino: *A sumente non concisus, non confractus, non divisus, integer accipitur*². La in-

¹ Deus, qui nobis... (Eccl. in offic. SS. Sacram.).

² In offic. SS. Sacram.

mutación se queda en la cubierta de los accidentes bajo la cual se oculta Jesucristo por amor nuestro, y bajo la cual obra verdaderamente. ¿Qué linaje de operación es ésta, cristianos, que no causa impresión en el agente¹, y más siendo, no sólo agente real, sino corpóreo? ¡Operación de todo punto misteriosa! Las sombras, pues, se espesan á tal grado que casi podríamos llamar á la divina Eucaristía un mar tenebroso, donde corre peligro de naufragio nuestra fe. ¡Pero no! no temáis que naufrague una fe sincera y humilde, como la del verdadero creyente, guiada por la estrella de la palabra de Aquél que, como afirma el Apóstol, *mandó á la luz salir resplandeciente del fondo de las tinieblas*². En efecto, pasemos á ver cómo esa misma oscuridad se torna un océano de luz, así como, á virtud del primer *fiat*, brotó del caos primitivo la hermosa luz del primer día de la creación.

II.

10. Como quiera que todos los soberanos misterios de nuestra santa fe arrojan, por maravillosa manera, torrentes de luz sobre las verdades que forman su objeto, bien podemos asegurar que éste de la Eucaristía, mejor que ningún otro, nos da una luz vivísima y verdaderamente grande³ acerca de los atributos de Dios, y sobre todo una luz fecunda en frutos de santificación. Ved ahí, hermanos carísimos, dos importantes reflexiones que ilustrarán nuestro asunto.

11. Desde luego debemos dar por sentado que el misterio no es lo imposible, sino simplemente lo desconocido, lo impenetrable á nuestra débil razón corta

¹ Nec sumptus consumitur (ibid.).

² 2 Cor. 4, 6.

³ Is. 9, 2.

de vista, y ese carácter no sólo no es ajeno de la verdad, sino que de él suelen andar revestidas las verdades sublimes, las que pertenecen á un orden de cosas más elevado que nosotros mismos. Por otra parte este carácter de incomprendibilidad que rodea al misterio no solamente puede, sino que suele acompañar á lo real, á lo innegable, como acontece en mil fenómenos del mundo físico, cuya existencia nos consta, pero cuya naturaleza nos es desconocida, y acaso lo será eternamente. Pero lo desconocido, la sombra, me diréis, ¿cómo puede arrojar luz en nuestro entendimiento? ¿No hay aquí un sofisma ó, cuando menos, una evidente paradoja? No por cierto, cristianos, y me explico. Dado que á Dios y sus atributos no podemos contemplarlos en sí mismos, sino como en su reflejo, en sus criaturas, en las obras de sus manos, el misterio, si bien no nos da á conocer á Dios directamente, danos sí una escala mucho mayor que la creación para medir la extensión de su bondad, el alcance de su sabiduría, y la magnitud de su poder. Esto se verifica de un modo especial en los misterios eucarísticos, ya que no uno sólo, sino innumerables concurren en el augusto Sacramento. Y de aquí que la prudencia, en su más alta acepción, tenga lugar para ejercer sus funciones en el campo de los hechos misteriosos. *Aprende*, decía el profeta Baruch, *dónde está la prudencia, para que adviertas dónde está la luz de los ojos y la paz*¹. En verdad la ciencia de Dios es una ciencia de cálculo, aun más que la ciencia de los mundos siderales y de los enormes astros que en ellos giran, cuya magnitud y extensión excede á nuestro pensamiento. Los hechos misteriosos que la Eucaristía nos

¹ Bar. 3, 14.

pone delante, no son tales sino por cuanto pertenecen á otro orden de existencias, tan real como el nuestro, pero diferente de éste en que vivimos, y por lo mismo desconocido para nosotros. Añadamos que, bien visto, tanto prueba el poder divino la existencia de un orden como la de otro, así como lo prueban igualmente la creación de un granito de arena y la de un sol, pues para crear el primero no se necesita menos que poder infinito. Sin embargo, ¿quién no ve que la contemplación de ese astro, oscuro y luminoso al mismo tiempo, nos da la más alta idea de la magnificencia de su excelso Hacedor?¹ Por eso, reflexiona San Agustín, fué necesario el milagro, porque, acostumbrados como estamos á no admirar bastante las obras ordinarias del Criador, por lo mismo que no exceden nuestra comprensión, era preciso lo incomprendible, lo maravilloso, esto es, lo deslumbrante, para elevarnos al conocimiento y admiración del poder divino². Pues bien, no sólo sobre todo lo natural, sino también sobre todo lo milagroso está la sagrada Eucaristía, el mayor de los milagros, al decir de Santo Tomás. «Tiende los ojos, dice un docto y piadoso escritor³, por cuanto está escrito en las divinas Escrituras y en los libros de las criaturas, y aquí lo hallarás con infinita excelencia, aunque cifrado y encubierto con aquel velo exterior de pan y vino.... ¡Oh alteza y profundidad de la sabiduría y caridad de Dios!... ¡Alá-bente, Dios mío, las jerarquías hermosísimas de los ángeles por esta unión que has hecho de tanta hermosura con tan humilde cubierta! Cuanto más humi-

¹ Sol, vas admirabile, opus Excelsi (Eccli. 43, 2).

² Hoc admotum est sensibus, quo erigeretur mens (tr. 24 in Io.).

³ P. Luis de La Puente (l. c.).

llado te miro, tanto más me admiro y tanto más te amo....»

12. Pero hay aquí una circunstancia más notable, si cabe, que completará mi pensamiento. El misterio de la Eucaristía no nos da el simple conocimiento, la idea, sino el sentimiento íntimo de Dios, como quiera que abraza, no sólo la presencia real, sino la comunión del cuerpo y sangre del Señor. Sentimos, pues, á Dios al unirnos sacramentalmente con Cristo, y quedamos bañados de la luz eucarística tan fecunda y poderosa para santificarnos. Porque ¿de qué nos aprovecharía conocer las divinas excelencias, si por medio de ese conocimiento no nos hiciéramos mejores? No son las claras luces de la fe cristiana como las vanas especulaciones de la filosofía orgullosa y estéril: ésta hincha, aquélla edifica; ésta, cuando más, satisface al espíritu, aquélla purifica é inflama el corazón. Así es que ningún otro Sacramento, como el llamado *Santísimo*, aprovecha tanto al dichoso viajero de la eternidad que, en su peregrinación terrestre, se alimenta con el Pan divino. Pureza de alma y caridad ardentísima son los frutos como naturales y espontáneos de la sagrada Eucaristía; y estos frutos se derivan del conocimiento íntimo de Cristo y de sus *invenciones*¹, conocimiento que en ella y por ella adquiere nuestra alma. Siete maravillosos inventos del amor divino enumeran los teólogos ascéticos en el adorable Sacramento², y por ellos se descubren á las claras las virtudes celestiales que en esos mismos milagros se representan, y las cuales ejercita el divino Maestro que lo instituyó para mostrarnos su infinita sabiduría y caridad. Y ¿quién duda que la contemplación

¹ Is. 3, 10.

² *La Puente*, ubi supra.

devota de estas maravillosas invenciones, ó revelaciones del poder divino en la Eucaristía, contribuirá poderosamente á despertar en nuestras almas un amor ferviente é inventivo como el de Jesús? ¿No es esto lo que quiso Dios dar á entender por aquellas palabras proféticas de Isaías dirigidas al Justo por antonomasia, Jesucristo nuestro Salvador: *Decid al Justo que bien está, que él comerá el fruto de sus invenciones*¹? En efecto, fruto, y muy exquisito, de las invenciones ó milagros de la Eucaristía han sido las invenciones que han hecho los apóstoles, los mártires, las vírgenes, los anacoretas y tantas almas fieles, para mostrar á Jesucristo el amor que le tenían por el que Él les tuvo, y ahora están disfrutando en el cielo, á la mesa de Cristo, del fruto de las invenciones que hicieron en la tierra.

13. Así es, hermanos míos, como el misterio eucarístico, á pesar de sus sombras infranqueables al humano entendimiento, irradia maravillosos rayos de luz sobrenatural para conocer á Dios y sus atributos, y, mediante este conocimiento, inflamarnos en su amor. De esta misma suerte la fe, primera de las virtudes que el Espíritu Santo infunde directamente en nuestras almas, la fe avivada por el Sacramento de la Eucaristía, nos dispone suavemente á las otras virtudes teologales, la esperanza y la caridad, las cuales, como veremos en los discursos siguientes, se perfeccionan, mejor que en parte alguna, en el augusto Sacramento, en donde reina glorioso el Dios de las virtudes. Así sea.

¹ Is. 1. c.